

El siglo XVII mexicano —y me atrevo a decir que también el europeo— se ha visto poco favorecido en las preferencias de los estudiosos de la historia. El siglo XVI ha captado la atención por ser la época de la epopeya descubridora, colonizadora y también por ser la de los inicios de la gesta espiritual de la evangelización. El XVIII es la era de las Luces, marcada por los grandes tópicos ilustrados, las contribuciones científico-geográficas y los cambios que anunciaban las revoluciones de independencia en nuestro continente.

Sin embargo, la centuria decimoséptima atañe a una era importantísima y está siendo revalorada actualmente en los dos lados del Atlántico desde diferentes perspectivas; las que ofrece la historia económica, la política, la artística, la cultural, la de las grandes personalidades y de las ideas.

En México, esta etapa tiene matices muy notables. Desde el punto de vista económico, hay factores como el comercio local y exterior que impulsan cambios. En lo internacional es necesario analizar las relaciones entre la metrópoli y su colonia para comprender mutuas influencias. No puede ignorarse asimismo la íntima conexión entre los sucesos mundiales y los americanos. En lo social el dinamismo de los distintos estamentos y etnias marca patrones económicos, políticos y jurídicos interesantes. Por todo ello se hace imposible constreñir el área de estudio a un ámbito único, sin ver los múltiples movimientos que dan tono a toda una época.

El libro de la doctora María del Pilar Gutiérrez Lorenzo se sumerge en el marco general de la historia socioeconómica y política del México colonial al rescatar el gobierno del vigésimo octavo virrey de la Nueva España, Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, que gobernó de 1688 a 1696. Las primeras páginas contienen un prólogo y una presentación encomiásticos donde se aprecia el valor biográfico del personaje y la construcción del momento histórico. Los presentadores adelantan ya unas primeras conclusiones al referirse a las

dificultades que enfrentó Galve para administrar una colonia con una estructura compleja, cuyos rasgos primarios dentro del sistema eran el fraude y la corrupción (p.18). El conde de Galve representa una de las primeras figuras virreinales cuyo poder empezó a decrecer hasta verse muy limitado en funciones por la Corona una década después. Viene a continuación una introducción escrita por la autora donde hace énfasis en la necesidad de ahondar en la historiografía del siglo XVII. Este fue el motivo que la empujó a escribir el presente estudio, cuya compilación y parte del marco teórico fueron resultado de su investigación doctoral, que ya ha dado interesantes frutos. Esta primera parte sirve para descubrir al personaje histórico, un hombre de facetas interesantes y complejo talante, miembro de la influyente familia Mendoza, cuya trayectoria vital será el eje del libro.

La obra se estructuró en dos partes. La primera gira en torno a la figura de Galve a partir de un minucioso estudio biográfico que cuenta la vida, el ambiente familiar y las relaciones de poder en la España de los últimos reyes de la dinastía austríaca. La segunda es el marco histórico americano, escenario en el cual Galve hace su labor política como gobernante, *alter ego* del rey, con las máximas prerrogativas como funcionario. Aquí se insertan los intrincados asuntos del gobierno virreinal así como la política exterior (basada en la expansión, la defensa y el comercio) e interior, sustentada en la administración de justicia.

Comencemos por la parte primera, que se titula “Entre el viejo continente y el nuevo”, que a su vez, se divide en dos capítulos, también éstos con sus respectivos subtítulos. En “Un noble de casa y corte”, Gutiérrez Lorenzo refiere la genealogía del linaje y condado de don Gaspar, para dar luego paso a los “Datos biográficos y carrera política”. Galve (1653-1697) surgió de un ambiente aristocrático, manierista, educado y elitista, el de la alta nobleza. Hombre de espíritu pretensioso, aprendió a rendirle culto a las letras y artes, sobre todo al teatro, del que siempre fue un ferviente aficionado. En la parte de “Sus matrimonios y provisión del virreinato mexicano”, la autora sigue de cerca las razones cortesanas por las que nuestro personaje solicitó al monarca que se le enviara a México. Éstas fueron, para ella, las graves dificultades económicas de la nobleza, la posibilidad de lograr ascenso en un importante cargo, favoritismo del rey hacia su persona y otras. Así, Galve entró finalmente a la capital, con un gran séquito, en noviembre de 1688, donde fue recibido como era costumbre de este lado del Atlántico, con pompa y lucimiento, festejos y procesiones conmemorativas.

En el capítulo segundo, “Una capital para un virrey”, Gutiérrez

Lorenzo dedica su atención a recrear las características y el ambiente de la ciudad de México de fines del siglo XVII. Son abordados múltiples aspectos tales como la magnificencia metropolitana, las aguas y el desagüe, el ocio, la actividad económica y el crecimiento. La autora refiere que “México no sólo era la capital del virreinato, sino también un núcleo industrial-artesanal, el nudo de comunicaciones donde se concentraba el capital” (p. 59). Ella encuentra también que destacaba como el principal punto de consumo y modas, el centro de prosperidad cultural, el escenario de un notable dinamismo social, de poder económico y de desarrollo y concluye que los más de ocho años de gobierno de Galve “dejaron una huella indeleble en la historia del virreinato” (p. 61).

En “El destino de un Mendoza”, Gutiérrez Lorenzo descubre nuevas facetas del protagonista, como su piedad, su caridad, su inclinación por la cultura y el saber, de lo que fue ejemplo de su gran biblioteca, además de la protección que dio a las principales figuras de las letras, las artes y la ciencia del virreinato como Carlos de Sigüenza y Góngora y sor Juana Inés de la Cruz. Hubo, sin duda, más personajes favorecidos por la mano generosa del virrey, quizá en los ámbitos universitarios y conventuales. Todavía falta rescatar de los archivos y bibliotecas a otros eruditos cuyos nombres permanecen en el anonimato para dar mayor luz sobre todo este brillante periodo de la época colonial.

La segunda parte del libro se titula “Los retos del gobierno novohispano” que deja al lector reposar por momentos la memoria de Galve para concentrarse en una interpretación de los problemas generales del virreinato. Aquí la autora teje sus planteamientos e hipótesis, que enmarca en la problemática general a la que se enfrentó el gobierno de Galve. Los principales retos fueron: los ataques de los extranjeros y de los indios en las diferentes fronteras del virreinato, los gastos de defensa, las presiones de Madrid para aumentar las contribuciones coloniales y, por supuesto, los motines internos que se desplegaron con fuerza durante este periodo.

La autora considera que uno de los aciertos del conde de Galve durante su gestión fue haber favorecido a la Armada de Barlovento, que conoció una época de prosperidad durante las últimas décadas del siglo XVII. Sus acciones se vieron coronadas al derrotar a los franceses en Santo Domingo en 1691 y en 1695. Encontramos también las expediciones ordenadas por el virrey a Panzacola y a Texas que tuvieron como propósito detener el avance galo en la región del golfo (1689-1691). Cabe destacar, asimismo, la reconquista de Nuevo México tras la insurrección indígena de 1685-1690, hazañas to-

das estas que fueron tratadas como temas centrales por los grandes escritores del momento como Sigüenza y Góngora y sor Juana, cuyas contribuciones son verdaderas fuentes históricas, crónicas y poesía de sumo valor para los estudiosos de la época.

Para Pilar Gutiérrez Lorenzo, Galve estaba inmerso en una fuerte dicotomía; por un lado se había fijado el compromiso de defender naval y militarmente los territorios novoespañoles y, por otro lado, desde Madrid, se hacía sentir la presión para que se enviaran contribuciones con mayores caudales. La inconformidad al ver incumplidos cabalmente ambos aspectos se manifestó pronto desde ambos lados, y el virrey tuvo que hacer frente a varios motines, siendo el principal el que aconteció en la ciudad de México el 8 de junio de 1692.

En el apartado “Mecanismos económicos: entre la legalidad y el fraude. El comercio ilegal y el contrabando”, la autora maneja otras hipótesis interesantes. Comenta sobre las explicaciones que se han dado de la supuesta crisis económica que sufrieron México y España en esta centuria. Sin embargo, para la autora, no hubo tal. Si bien se produjo una disminución de las exportaciones de la metrópoli a Nueva España, ésta se dio porque la colonia había desarrollado una economía independiente de las importaciones de alimento y textiles. Nueva España se convirtió en exportador no sólo de metales, sino de materias primas (p. 87) e incrementó su comercio con Filipinas, Perú y otros puntos del continente americano. Existió, pues, una intensa actividad mercantil ilegal. A través de una extensa red de contrabando se movían grandes cantidades de dinero que involucraron a muchos y el virrey no estuvo exento de estos beneficios, por su estrecha cercanía con los mercaderes. Sobre el tema de la supuesta depresión económica novohispana, la autora concluye que:

El bajo nivel de intercambios con la metrópoli, al menos en las dos últimas décadas del siglo XVII, no fue consecuencia de un colapso económico que afectó a la Nueva España y más concretamente a su producción minera, sino que más bien fue producto de un reajuste en su economía que acentuó su autosuficiencia económica produciendo internamente lo que antes importaba e imponiendo al comercio con Europa las necesidades de su demanda. El incremento del contrabando realizado por españoles y extranjeros y las relaciones comerciales con las restantes provincias americanas puede ser una prueba de ello (p. 95).

El capítulo IV, “Gobierno y desgobierno de México”, está dedi-

cado a revisar la actuación y los obstáculos a los que se enfrentó Galve sobre todo en el terreno de lo social y concretamente en el desempeño de la justicia. La autora pinta un cuadro en el cual se vislumbra el deterioro del sistema judicial que estaba al servicio de corporaciones privilegiadas. Esto, aunado a la arbitrariedad de la oligarquía, puso en peligro el equilibrio social y castigó a los grupos más desprotegidos, por lo que estalló el descontento. Los tumultos de México (8 de junio de 1692) y de Tlaxcala (14 de junio), pusieron de manifiesto los intereses encontrados entre los grupos poderosos y las clases bajas. La autora califica el motín de 1692 como un desenlace de estas causales y por ende, dice: “no podemos achacar toda la culpabilidad de los hechos a la gestión administrativa realizada por el conde de Galve” (p. 117). El fortalecimiento de los grupos de poder, las tenues soluciones basadas en el castigo y la represión y otros medios superficiales fueron los verdaderos resultados de la revuelta. Es a lo largo de esta segunda parte de la obra donde se analizan los problemas estructurales “agudizados a través del tiempo” que detonan la situación de crisis sociopolítica. Es importante resaltar que en el trabajo que ahora nos ocupa los sucesos son vistos en relación a la condición de la monarquía española que, en última instancia, responde por su parte a los problemas europeos. Todo coincidió con dificultades en los diferentes campos de la administración del virreinato. En suma, Pilar Gutiérrez Lorenzo logra exponer en su libro las vicisitudes del gobierno del conde de Galve en un marco histórico muy amplio que se ve favorecido por una serie de fuentes documentales que la autora incluye como apéndices (siete en total). Además, el libro cuenta con un completo repertorio bibliográfico conformado por fuentes primarias y secundarias, recopilación que fue posible gracias a la aproximación que ella realizó en bibliotecas y archivos especializados de España y México. Es, por todas estas razones, una obra importante para el estudio de un periodo trascendental del siglo XVII colonial mexicano.